

REMEMORACION DE ISRAEL

1ª parte

por el Dr. HERNÁN ROMERO

De la Universidad de Chile

A Israel se va para visitar gente incansable y de reflejos vivos que lleva siempre el argumento a flor de labios y para admirar su obra que muestra ávidamente con orgullo lícito y sin disimulo. Para ella no vale la reflexión melancólica de Jorge Manrique de que todo tiempo pasado fue mejor. El visitante ha de sorprenderse de las maravillas que ha logrado y comprometerse a volver diez años más tarde o en la semana siguiente, para comprobar los progresos alcanzados en el intertanto. Con las emociones en constante ebullición, los israelíes son, sin embargo, parcos, fanáticos de la autosuficiencia y con un afán perseverante de equidad, justicia y normalidad. Parecen haberle dado vuelta la espalda a la ternura y expresarlo todo en registro profundo, acaso porque el imperativo de superarse a cada instante no deja margen para los sentimientos estériles. Parecen asimismo instintivamente felices —con la alegría de la creación— aun en los momentos en que rigen las restricciones y se racionan los alimentos. Así como Chile habría sido construido según Tibor Mendes, con los restos que sobraron de la creación —aquí un lago, allá una montaña o un desierto— el ángel dejó caer en Palestina, porque las alas se le doblaron con el peso, las piedras también sobrantes que Dios le mandó recoger. El campesino da con ellas a cada paso y, súbito y anheloso, a fuerza de remover tantas, se dirá en ocasiones que cumple labor de convicto. No cesa un instante, sin embargo, porque se prometió no desmayar y camina en busca de un destino. En esa fuerza y esta voluntad se asientan las bases de una nación, parida con dolor y que se encarnó para perdurar. Sobrecoge oírlos ponderar la belleza de un parquecillo que cultivan trabajosamente y sorprende la admiración reverente que les inspira la casa propia. Hablan como el vendedor de tienda: no nos ha llegado, lo esperamos para el año próximo. Nadie pretende impresionar con su posición exaltada ni hay asomo de bravata en las proezas que se proponen emprender. Alientan el orgullo de la obligación y parecen dispuestos a sacrificarlo todo

en aras de generaciones remotas y desconocidas sin aspirar a otro premio que la conciencia de estarlo haciendo bien.

A Israel se va asimismo para diseccionar las raíces de nuestra cultura, que es, a todas luces, más judeo cristiana que greco romana. Se ha dicho que ser judío representa un estado de la mente y la verdad es que resulta más fácil identificar a los individuos de su raza que definirlos o describirlos. Salvo los orientales de tez muy morena, los demás acusan un aire de familia, a pesar de que no existe un tipo preciso y característico, física o culturalmente. Separados y dispersos durante los dos mil años de la Diáspora, suelen mirarse con aire interrogante y con un dejo de desconfianza e incompreensión. Me tutea el muchachón que carga mis maletas en un idioma que suena a Cervantes y en él reconozco una línea de sefarditas, probablemente echados de España, hace unos cuatro siglos. Los israelíes revelan una aptitud extraordinaria para entender las situaciones nuevas, capacidad que, mejor que ninguna otra, denota inteligencia. Empero, esterilizan cierta terquedad, tan difícil de entender como para que quepa preguntarse si no constituye expresión de timidez.

Más que otro cualquiera, este pueblo es hijo de la historia y heredero de los siglos. El movimiento de retorno se inició en época de los primeros cristianos, inmediatamente después de la destrucción de Judea por los romanos y constituye nota recurrente en el ritual religioso. La acción efectiva se inició en el Congreso de Basilea de 1897 en que Teodoro Herzl, un periodista de mucho éxito en Austria y de visión y dedicación heroicas prohió su famosa Declaración. Antes aún había escrito un libro, *Un Estado para los Judíos (Judenstaat)*, en que pide un territorio en Palestina o en Argentina y la formación de una Sociedad y de una Compañía: la primera para organizar a la gente y negociar los arreglos y la segunda para que se ocupe de procurar el dinero con que realizar la empresa. Merece, pues, que se le considere padre de la nación.

En los dos años que siguieron al término del

nuevo Parlamento, estas palabras significativas: "Bendito seas tú, oh Señor nuestro Dios, que nos has dado vida y preservado hasta ver este día. Amén".

Chaim Waizmann, el primer Presidente de la joven República y uno de los campeones más fervientes del renacimiento cultural del judaísmo, fundó simbólicamente en 1918, la Universidad Hebrea, enterrando doce piedras en la cima del Monte Scopus, apenas se despejó de los turcos el sur de Palestina y cuando se oían todavía algunos disparos. La inauguró oficialmente Lord Balfour, en 1925. En su discurso dijo contemplar el sitio por donde los israelíes entraron a la Tierra Prometida, donde acamparon Tito y sus huestes que destruyeron el Templo, Jerusalén y el estado judío, por donde sus miembros partieron al exilio y por donde retornaron.

Después de la partición el Monte Scopus quedó, desde 1948, como isla en un mar árabe y debieron, consecuentemente, abandonarse sus dotaciones. Comprenden esa primera Universidad Hebrea y el Hospital Hadassah. Ni siquiera la intervención personal de Hammarskjöld, el Secretario General de Naciones Unidas, logró asegurar libre acceso a los israelíes y el rescate de los equipos y de la biblioteca que contenía más de 100.000 volúmenes. Cuando los jordanos no se oponen, como ocurre en ocasiones, se organiza, semana por medio, un convoy de policía que revisa la Legión Árabe bajo la vigilancia superior de esa institución internacional. Parte desde la Puerta de Mandelbaum en un vehículo que no permite ver desde dentro ni desde fuera llevando individuos que repongan la guardia y las provisiones y, a veces, que vigilen esos equipos y la biblioteca. La expedición importa riesgos y ocasiona a muchos tensa ansiedad. Con perfecto realismo los israelíes comenzaron a levantar, en 1953, otra serie de construcciones para una nueva Universidad en una cresta caliza —en la Colina Altiva, como me gusta llamarla— a unos dos kilómetros de Jerusalén propiamente tal. Han quedado haciendo frente al Centro Cívico o sea a los edificios del Gobierno.

Como si fuera necesario, miro donde piso, cuando camino por el Monte de los Olivos por cuyas laderas asciende el Cementerio Judío. Mientras tanto me ensimismo pensando que, en esta comarca, colgó Cristo de la Cruz y a ella llegó Tito con el pecho henchido de venganza. Levantada sobre la roca de las colinas de Judea y hecha de piedra, la luna la torna, esa noche, de alabastro. No parece iluminar sino reflejarse, en un cielo lí-

quido que mirara, también él, la dignidad serena de la Ciudad de Dios. En las aguas del lago invertido no refulgen ni parpadean las estrellas, que son como nenúfares, encendidas por dentro. Han cesado los golpes del picapedrero que, a semejanza de los pregones en las aldeas árabes, acompañan constantemente en el día. Las calles se han tornado desiertas. Me pregunto si requerirán reposo individuos que aparentan desconocer la fatiga.

En 1949 trajeron de Viena los restos de Herzl, el arquitecto del sionismo moderno, y lo colocaron en la colina de su nombre, que preside sobre la población como el Panteón sobre París. El Mausoleo —en que, con mucho sentido del símbolo, se reunió inicialmente el flamante Parlamento— está unido al Parque Nacional, en las colinas de Judea, cuyos millones de árboles representan a otras tantas víctimas del nazismo y a un cementerio de guerra en las pendientes mismas. En el Monte de Sión se unen la mezquita, la iglesia y la sinagoga y se encuentra el sitio donde se supone que tuvo lugar la Última Cena, además de la tumba del Rey David. La mayoría de los edificios de contenido histórico pertenecen a órdenes religiosas de los cristianos y hay la Colonia Alemana, fundada por los templarios en un valle umbroso al sur de la ciudad y la Colonia Griega, que establecieron los árabes pertenecientes a la Iglesia Cristiana Ortodoxa. En Ein Kesem, donde nació Juan Bautista, se halla el templo de los franciscanos que lleva su nombre.

Por desgracia abunda un comercio de mala ley que explota la superchería. Indigna observar un individuo que, en la Vía Dolosa —la vereda estrecha por la que Jesús habría transitado en su último día— dibuja con pintura fresca huellas de las manos que el Nazareno puso en la pared para descansar del peso de la Cruz y cobra después a los peregrinos por el privilegio de tocarlas. No menos fraudulentos son el altillo donde se pretende que tuvo lugar la Última Cena y el recipiente en que entonces los Apóstoles se lavaron los pies y al que se concede acceso al visitante por un pago adicional. Se venden a precios módicos, que son otra prueba de ilegitimidad, pedazos de seda del manto inconsútil, de cabellos, de uñas y de dientes de los primeros santos y aún trozos de esa Cruz. Compré varios porque sabía que haría felices a otras tantas personas y así ocurrió. Probablemente el Gobierno no prohíbe estas prácticas porque son de poca monta y considera que los compradores merecen de sobra el castigo.

En el campo de aviación alguien vociferaba el nombre de César Romero con acento inconfundiblemente chileno. Acertadamente supuse que me buscaba porque este parentesco fingido me fue útil en más de alguna parte. Me metieron en un automóvil y echamos a rodar por una carretera con precipicios y algunas curvas que llaman del Valor. Representa el trazado corregido del que antes denominaron Camino de Birmania, no tanto porque lo construyeron, virtualmente, con las manos, sino porque, también en él, se derramó mucha sangre y sufrieron penurias sin cuenta. Sigue el Corredor de Jerusalén que viene desde Tel Aviv y desde el mar. Se modificó su trazado, que ahora no se aleja grandemente de la línea recta porque no puede pasar por tierra extranjera y a la vera subsisten algunos vehículos destruídos que evocan emboscadas y encuentros guerreros. Mi encantadora amiga Renée, que se reunió conmigo inmediatamente después y se ofreció como guía, me aconseja no estirar los brazos en cruz, porque tocaría territorio enemigo con la punta de los dedos de ambas manos.

Nacida en Chile me cuenta, además, que el primer día de su permanencia en el país se levantó de madrugada para sorprender al basurero. No concebía que un hombre de su sangre cumpliera tarea física tan burda. A los lados de la ruta se advierten las colinas rocosas y calizas de Judea, tierra corroída que parece reacia al trabajo humano. No obstante sorprenden algunos cultivos en terraza o en contorno y las plantaciones de árboles en gran escala que están transformando el paisaje y el porvenir de la agricultura. De cuando en cuando se cruzan aldeas árabes con casas apretujadas de piedra y adobe, que remedan salir del suelo y volver a él.

Huésped del Gobierno, me alojan, en Jerusalén, en el Hotel Rey David en la calle del mismo nombre, una de cuyas alas dinamitaron los terroristas en las postrimerías del Mandato y cuyo confortable señorío demuestra persuasivamente que lo edificaron los británicos y para ellos. En la acera del frente se halla el edificio imponente de la Asociación Cristiana de Jóvenes con su alto campanario y sus dos cúpulas adyacentes. Ostenta inscripciones en que se proclama la unidad en inglés, hebreo y árabe. Ahora sus miembros son casi todos judíos, a pesar de que la institución se ha convertido en centro social y deportivo para los miembros de los tres credos. Alrededor de la mesa en herradura de su auditorio se congregó el Comité Especial de Investigación de las Naciones Unidas que, por mayoría, recomendó la par-

tición y que Jerusalén quedara, como *corpus separatus*, al cuidado del mundo piadoso. Se encuentra próxima asimismo la Agencia Judía, que fue acaso el primer embrión de gobierno.

No se cumplió la resolución de noviembre de 1947 y la ciudad se constituyó como dos *corpora separata*, tan próximos uno de otro y, al mismo tiempo, separados por alambres de púas, algún parapeto de piedra, trampas para tanques y unas casas viejas cuyas ventanas traseras hubo que tapiar, porque les suele llegar algún peñascazo. No media a veces más que una calle, pero se la cruza con considerable riesgo. El límite está señalado por el portal de Mandelbaum, que no es tal, sino una casa de vecindad y derruído que construyó el mercader de este nombre. Por allí transitan los peregrinos y los servidores internacionales, después de cumplir formalidades sencillamente grotescas. Los árabes rehusan aceptar un pasaporte en que los israelíes hayan estampado visación. Más allá se halla la Ciudad Vieja, cercada por las murallas sarracenas y uno se pregunta qué habrá quedado después de un asedio y un bombardeo que duraron más de un mes y costaron, según las crónicas, 2.500 bajas. Para los judíos mismos es tan remota como Timboctú, puesto que no les está permitido trascender la frontera.

Desde la terraza de mi cuarto contempla la Iglesia de la Dormición que se fijó indeleblemente en la retina, el Monasterio de la Cruz y, por encima de la Arcada de Damasco, el Convento de Nuestra Señora. Jerusalén era antigua cuando la capturó el Rey David, en el año 1.000 antes de Cristo y cuando la destruyó Nabucodonosor, Rey de Babilonia, el año 587 de la misma Era. En la Ciudad Santa de Sión la primavera es gentil y entonces la luz suave da la impresión de que las piedras fueran transparentes e iluminadas por dentro con candil.

A la distancia se perfila el Monte Scopus o del Vigía —el infierno de nadie— desde el cual Tito contempló la ciudad en llamas. En su Guerras de los Judíos, Josephus cuenta que mientras ardía el Templo y los legionarios romanos se entregaban a una orgía de matanzas y rapiña, un sacerdote escaló la torre principal, llevando en la mano la llave del santuario. La elevó y la ofreció a Jehová: “si no nos juzgas dignos de administrar tu Casa, guarda la llave hasta que recuperemos tu estimación”. Alguien se la tomó desde el cielo y, por este antecedente, el doctor Chaim Weizmann, el Primer Presidente, pronunció, en el momento de tomar el juramento de estilo en el

Mandato y a la retirada de las tropas británicas ingresaron, en 1948, unos 400.000 inmigrantes. En cierto modo la cantidad equivale a que hubiera abordado las playas de Estados Unidos unos 40 millones de individuos. Para encontrar otro caso de desplazamiento en masa de semejante magnitud habría que remontarse a la expulsión de los judíos de España, en 1492 y su aceptación por Holanda y a la recepción en este mismo país de los hugonotes después de la revocación del Edicto de Nantes. Prescindo de la Partición del subcontinente indostánico que dio lugar a India y Pakistán, porque estos desplazamientos afectaron a una proporción pequeña de ambas poblaciones. Después disminuyó el chorro, pero no ha cesado nunca. Sin embargo, nadie alentaría todavía la pretensión original de que acudieran, tarde que temprano, todos los descendientes de Jacobo. Al menos la mitad se halla en Estados Unidos y, salvo excepciones, no manifiestan la menor intención de moverse. Más aún, algunos han regresado a sus países de origen.

Los exiliados acuden de todas partes del mundo y poseen antecedentes raciales, culturales y de otro orden tan heterogéneos como es concebible. Por tanto, no cabe reconocer —según se anticipó— tipos definidos. En las calles se advierten gentes que parecen venidas de Mongolia o de Argelia, ser campesinos de Polonia, Frisia o Jutlandia, tejedores de alfombras de Salónica y Constantinopla, pequeños comerciantes de Alemania o de Persia y pulidores de diamantes de Holanda. Los hay de apariencia tan nórdica como los que se encuentran en Suecia o Finlandia: altos, delgados y musculosos con ojos azules y cabello rubio platinado. Oriundos de las profundidades de los Montes Cárpatos, se observan hombres y mujeres con atuendos extraños que expresan su alegría en danzas religiosas o de piel aceituna y con modales orientales que deben provenir de los bazares de Bagdad o Damasco.

Alternan analfabetos de Tunisia y Marruecos con rabinos venerables que recuerdan a los viejos patriarcas y vendedores ambulantes o taberneros con universitarios de antigua cepa y algún Premio Nobel, investigadores, gerentes de banco o filósofos materialistas con parias sociales. Abundan quienes se consideraron antes checos o afganos, rumanos o chipriotas. De físico escueto, como fabricados de alambre y trabajadores infatigables los yemenitas escaparon de una tiranía tan opresiva como la que sufrieron en Egipto las tribus de Abraham. Más altos y originarios del norte de Africa, otros individuos parecen

arrancados, en cambio, de *ghettos* medievales de España. Los dos últimos grupos fueron transportados en la operación Alfombra Mágica y Alí Babá, respectivamente, cumpliendo la profecía de los profetas de que retornarían sobre las alas de águilas. Algunos trajeron una fortuna y otros, miserables y escuálidos, un bulto a la espalda. Dentro de todo este conjunto abigarrado una mayoría permaneció ya en las aldeas de pasaje, donde se les enseñó el idioma y las costumbres y se les procuró educación elemental como un primer paso en el proceso de asimilación. Ahora la rematan en el crisol calentado al rojo blanco de una colectividad que se empeña en forjar su nacionalidad.

Veníamos de Tokio en el vuelo a que asignan número uno porque da la vuelta al mundo. En la misma tarea me empeñaba yo. Como ocurre ordinariamente en los grandes aviones internacionales, cada uno permanecía en su asiento como escolar de buena conducta y, después de muchas horas, las conversaciones en sordina se habían reducido al intercambio de algunos monosílabos. Cuando nos anunciaron que la próxima escala sería Lydda o Lod, en hebreo, el aeropuerto que se sitúa entre Tel Aviv y Jerusalén, la atmósfera cambió súbitamente. Mi vecina, con quien no habíamos cruzado una palabra, quería mirar por la ventanilla a cada instante; pero rehusó cambiar asiento conmigo. De algún modo percibí que carecía de costumbre de recibir atenciones y no sabía como acogerlas. No le impidió acribillarme de comentarios. Si hubiera sido cristiana, habría imaginado que atisbaba la estrella de Belén.

En distintas posturas muchos otros se empeñaban también en salvar la distancia, se mudaban de sitio y reinaba animación inusitada. Sólo entonces percibí que había proporción sustancial de judíos. Algunos arribarían con voluntad de instalarse; los más satisfacían el anhelo, viejo y persistente, de visitar la cuna de sus antepasados. Así como hubiera querido abordar Japón por el mar y contemplar, desde Yokohama, el soberbio Fuji, habría deseado, esta vez, no venir por el aire, sino desembarcar en Haifa para admirar el Monte Carmelo, azul pálido cuando el sol se levanta y rosa o violáceo transparente cuando se pone. Imagino que ante esta vista de la Tierra Dos Veces Prometida —como la llama Koestler— más de alguno de mis compañeros habría caído de hinojos para besarla. Subió a recibirnos una niña vestida de gris y con aire profesional y una de las pasajeras besucó, al descender, al oficial de aduana.

Israel pertenece al planeta satélite y no a la tierra: es un país de luna. La geografía concentra, en un mínimo de espacio, todas las variedades de clima y suelo: desde las montañas cubiertas de nieve de Galilea hasta el valle tropical del Jordán y desde las tierras bajas de la costa del Mediterráneo hasta los desiertos árabes del Negev. Su topografía sugiere un cuero que estuviera estirando, con poca destreza, el embalsamador. En partes se le rompió y en la grieta surgió un río o un lago; en muchas, todavía se mantiene arraigado en eminencias irregulares, que proyectan sombras inquietantes y en las circunvoluciones atormentadas que recorre y contempla el viajero mientras desciende hacia el Mar Muerto. La superficie calva del terreno suele asumir tonalidades acerada, púrpura y aun rosa y, en los sitios más inesperados, se asoman los sembrados y las hortalizas. Aun aquéllos pueden estar regados con mangueras de jardín. Se articulan con facilidad tubos, muy livianos, de aluminio, de que apuntan las regaderas circulantes de aspersión. Se han aprovechado asimismo las mangueras con que se apagaron los incendios, en Londres, durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

En el camino que se precipita hacia abajo un monolito señala el nivel en que se hallan los otros océanos del mundo. Todavía hay que descolgarse doscientos metros, en sentido casi vertical, para encontrar un *kibbutz* y cuatrocientos, para alcanzar el Mar Muerto que está bisectado e Israel comparte con Jordania. Desprovisto de toda vida animal y vegetal, el Charco de Asfalto —como lo bautizó Milton— es un cráter abismal de aguas iridiscentes y de un verde pálido, como cardenillo, cuya densidad no permite sumergirse al cuerpo humano. Miasmático y de belleza infernal, lo alimenta el Jordán, que no pueden utilizar por la oposición de los vecinos. En verdad el proyecto de emplear sus aguas mediante un canal que parta del lago Hule para regar el Negev ha desencadenado reacciones violentas de Siria. Viene del lago Galilea y la evaporación que provoca un sol quemante e implacable aumenta la concentración de las sales hasta convertir el piélagos en una mina líquida en el desierto de Sodoma. Allí se hallaba la población de este nombre y Gomorra, las ciudades del pecado. Deben haberlas calificado de disolutas porque el ambiente da una sensación tan abrumadora de desolación. Afirman que, en parte alguna del mundo, la evaporación favorece tanto al hombre ni hay concentración semejante de productos quí-

micos. En hebreo se le llamó Mar de Sal. Cuando alguien gasta dinero ostentadamente se le supone pertenecer a las empresas que lo explotan. Advertido, estuve espiando la primera estrella desvaída del Viernes, al igual que, años antes, escruté el firmamento de Pakistán —junto con los musulmanes que iban en el mismo tren a Quetta— lo que señalaría el comienzo del Ramadán. Esta vez circularon unos varones chicos y esmirriados y todos de negro: la levita larga y el sombrero calañés redondo y encasquetado, las barbas de alambre y los aladares, o sea los rizos crespos y flotantes, que cuelgan por delante de las orejas. Soplaban unas trompetas como de juguete. Se me antojó que imitaran a las que anunciaran la resurrección de la carne y el juicio final. Circulaban también algunos niños con bicoca. Notificaban aquéllos a los fieles que comenzó el *Sabbath* y hasta que caiga la luz del Sábado, no han de disfrutar del sexo, encender fuego ni luces, emprender trabajos ni comercio, rodar vehículos ni cometer violencias. Debe haber sido un alivio en la época en que las bombas brotaban como callampas. Permanecen cerradas tiendas y oficinas, el aeropuerto sólo recibe los aviones que han de aterrizar ineludiblemente y no se cargan ni descargan los barcos. Los ferrocarriles y las cooperativas de ómnibus suspenden todo transporte urbano y rural con excepción de un pequeño servicio en Haifa. Se justifica porque esta ciudad es muy escarpada y el partido religioso, de poca influencia. Transitán algunos taxis —incluso colectivos—, entre las tres grandes ciudades, vehículos militares y camiones privados. Restringidamente comienzan a aceptar que se practique fútbol y otros deportes. Todos son partidarios del *Sabbath*, pero muchos objetan la interrupción de actividades indispensables y que algunos fanáticos hayan quemado, en días de semana, automóviles particulares que no respetaron las prohibiciones.

Vaya usted a saber por qué el nombre de Tel Aviv sugiere Cerro o Colina de la Vertiente. Judía desde el primer ladrillo, representa un acto de fe y de fervor, emprendido en el entusiasmo de los primeros años del hogar nacional. Iniciada alrededor de 1909 por unos sesenta residentes acaudalados de Jaffa, constituye una improvisación colosal. Compraron ellos unas dunas de arena que amarillean junto a las playas del Mediterráneo donde sólo crecían cardos hace unos 50 años y levantaron, algunos kilómetros hacia el norte, una población que, en un decenio, se convirtió ya en la más voluminosa y próspera. Con

calles paralelas a la costa, la metrópoli es también amarilla, angular y con una arquitectura que oscila entre la monotonía y un mal gusto casi irremediable. Las casas de cemento y enlucidas suelen poseer unos balcones feos como cajones, techos planos y unos enrejados en las paredes que despiertan deseos de renunciar, para siempre, a toda forma de ventilación. Las embajadas y los extranjeros han migrado hacia Ramat Gan que la ciudad envolvió con sus pseudopodios y convirtió en suburbio. Puede que allí disfruten de más brisa.

Enérgica y como Londres, relativamente silenciosa —porque cada cual hace lo suyo— no se ven mendigos y las gentes demuestran febril actividad. Dotada de teatros y cinemas excelentes, no sólo en las terrazas, sino también en la planta baja hay cafés con mesitas en las aceras, restaurantes de lujo y unos hoteles con mucho vidrio y metal, que recuerdan los de mediana ostentación de Nueva York. Se asevera que, en las avenidas bordeadas de árboles, existen más librerías que en el conjunto de las capitales árabes. Poco importa la fealdad. También la revelan, en otros diapasones, Tokio y Ottawa, para no mencionar a Karachi o Calcuta. Su interés emana de la pujanza y de otras circunstancias. En todo caso, así como nosotros deberíamos traer expertos israelíes para que nos enseñen, entre otras cosas, a multiplicar el agua y aprovechar hasta la última gota, ellos habrían de llevar brasileros para que los ilustren en arquitectura moderna.

En Haifa —nombre que significa cielo— entendí por qué, más que simbólicamente, Koestler califica a Israel de "Tierra Prometida". Para comprenderlo mejor, no precisaba que tuviera yo más sangre judía, pero —repito— debí haber llegado por barco. Aunque no tan magnífico como Alejandría, que ostenta incuestionablemente el cetro, Haifa no es menos mediterráneo ni ha de sentir menos orgullo de las olas, ribeteadas de espuma, que besan sus playas. Puerto cosmopolita, abundan las embarcaciones y las bodegas, los marineros y los bares, rezongan las grúas y pulula la vida. El azul pálido del Monte Carmelo adquiere matices violáceos cuando el sol demora en sumergirse y a lo largo de avenidas y calles, pulcras y flanqueadas de árboles, se encaraman las casas. Abundan las industrias y prevalece un ambiente de prosperidad. Ben Gurión ha insistido mucho en que los israelíes han de considerarse herederos de los fenicios en cuanto a navegantes y de sus antepasados directos en cuanto a cultivadores de la tierra.

Además de Jerusalén, la Eterna y la juvenil Hai-

fa, están, en Israel, para colmar la imaginación del peregrino, Latrun con sus viñedos y su monasterio trapense; Lydda con su historia de San Jorge y el dragón; Ramle con la enorme torre que rememora las tropelías de los cruzados; Tabgha donde el Mesías habría practicado el milagro de los panes y los peces del Nuevo Testamento; Cafarnaún en cuya sinagoga milenaria acaso predicó Jesús; el lago Tiberíades donde pescaron Pedro y Andrés, Juan y Santiago, y toda la historia de Cristo, llamado el Nazareno, que uno experimenta inmensos deseos de contar tal y cómo la vio en ese escenario y con los ojos de la fantasía. Empapado en ella me dije que el encanto de Tierra Santa proviene, ante todo, del silencio que la llena y que la envuelve. Como en los tiempos de los apóstoles, Galilea alberga una multitud abigarrada de judíos y gentiles, o sea de cristianos y musulmanes. Casi exclusivamente los primeros ocupan dos de las tres aldeas históricas de la región: Tiberíades, junto al lago, en cuyas famosas fuentes termales Tiberio buscó curación y Safad, en las montañas. También en las montañas se halla la tercera, Nazareth, de que los árabes no huyeron durante la guerra de emancipación. Se explica la diferencia porque los dos primeros fueron lugares sagrados en el período postbíblico y ha atraído sabios piadosos a lo largo de muchos años.

En Nazareth evoqué al Niño Jesús, pensativo y sensible, meditando mientras yace en la cama que ha colocado sobre el techo plano de la casa de José, su padre. Mira la luna pálida que se alza sobre el Moab y rememora las profecías de Isaías: florecerá el desierto como una rosa; al igual que los venados brincarán y retozarán los inválidos; cantarán los mudos y los lobos reposarán junto a los corderos, en tanto que el toro pacerá en la misma pradera en que pasea el león. A todos conduce un muchachito tierno y sumiso. No es mera visión alucinatoria sino del mundo que advendrá, el Reino de Dios sobre la tierra después que El lo haya redimido. Debió traer a su mente la advertencia de Jehová de que nada lograrán los hombres con orar cuando tengan todavía las manos manchadas de sangre, una observación que, a menudo, surge en la mente cuando se comprueban las conmociones del Medio Oriente.

Cuando obsequié mi obra, *India, Enigma y Presencia*, al dilecto amigo Miguel Serrano, que era entonces Embajador en este país, le expresé, en la dedicatoria, que si me hubiera dejado influir por sus apreciaciones y su manera de sentir, se-

guramente habría escrito un libro mejor y muy distinto. En verdad Miguel se metió profundamente en esa cultura, solía vestir a la usanza nacional y asimiló muchos modales y formas de pensamiento. A diferencia suya, suelo encariñarme, en grado mayor o menor, con un pueblo —como me sucedió con Israel, Japón y varios otros— pero mantengo incólume mi condición de extranjero que se adentra y trata de entender un ambiente ajeno, así como a su gente, con objetividad y cierto desprendimiento. Nunca fui víctima, por tanto, de esa dicotomía terrible que obliga a los hombres a ser, pasionalmente, proisraelíes o proárabes. Me conduje, en cierto modo, igual que Cooke, que tituló su libro *Israel, una Bendición y una Maldición*. A fuer de honrado, no cabe negar que haber interpuesto en la región un grupo extraño, antagónico, que crece y progresa con vigor y rapidez, crea problemas para los que no se divisa solución. Incidentalmente cabe recordar que, antes de la Segunda Guerra, la Unión Soviética ofreció crear, por razones políticas, un hogar para los judíos en la Mongolia Exterior. A diferencia suya, Napoleón acostumbraba comentar que son un pueblo sin tierra y Palestina una tierra sin gente y que deben juntarse.

La Independencia se proclamó la víspera del *Sabbath* en el quinto día del mes de Iyar del año 5708, vale decir el 14 de mayo de 1948. En el pequeño vestíbulo del Museo de Tel Aviv, Ben Gurión tuvo a su espalda el retrato de Teodoro Herzl, el arquitecto del sionismo varias veces mencionado y, a sus flancos, los doce colegas del Ministerio y declaró el nacimiento de la nación en el territorio que acunó al pueblo judío, donde se configuró su identidad espiritual, religiosa y nacional, donde creó una cultura de significado universal y escribió la Biblia para darla al mundo. Durante los siglos que permanecieron diseminados por el mundo, muchos no cesaron nunca de orar y de esperar el retorno y durante las décadas recientes en que acudieron muchos miles, los inmigrantes se empeñaron en impulsar la prosperidad material, resucitar la lengua hebrea, levantar ciudades y aldeas y desarrollar una colectividad vigorosa y creciente. Terminado el Mandato Británico quedó consagrado, en la medianoche próxima y en virtud de los derechos naturales e históricos que les asisten y de la Resolución de la Asamblea de NU, *Medinath Yisrael*, vale decir el estado de Israel.

(Concluye en el próximo número)

ESTAS EN MI

Estás en mí como entre las cercas
de lo mío.
Y te defiendes.
Buscas la salida y estás ciega
porque cierro yo los ojos.
Para tocarte me toco con tus manos esquivas,
abedul de mis pastizales,
pedruzco del fondo de mi arroyo
por donde no quisieras cruzar
y que te coge por la espigada sombra.
Y te ahoga.
Porque habitas en mí
cautiva de ti misma.

por ZOLTAN BOLDIZSÁR (húngaro),
traducción de Waldo Rojas